

La vida cotidiana
en El Museo Canario



Programa de mano de la película *Don Quijote de la Mancha* (1928).
Archivo de El Museo Canario.

ÁREA DE IDENTIFICACIÓN	
Fondo/Colección	Impresos cinematográficos.
Serie	Sueltos impresos promocionales.
Título	Circo Cuyás-Don Quijote de La Mancha.
Fechas	1928.Barcelona.
Nivel de descripción	Unidad documental simple.
Volumen y soporte	1 f. : papel impreso.
ÁREA DE CONTEXTO	
Nombre del productor	-
Forma de ingreso	Donación.
ÁREA DE CONTENIDO Y ESTRUCTURA	
Alcance y contenido	Suelto publicitario impreso para promocionar la proyección de <i>Don Quijote de la Mancha</i> en el Circo Cuyás (Las Palmas de Gran Canaria). La película, muda y dividida en dos jornadas y doce partes, fue dirigida en 1926 por el danés Lau Lauritzen e interpretada por Carl Schenstrøm (don Quijote) y Harald Madsen (Sancho Panza). En España fue estrenada en Madrid en 1927, proyectándose en Las Palmas de Gran Canaria en el Circo Cuyás en julio de 1928. El programa de mano fue editado en Barcelona por Artes Gráficas Sivit S.A.
ÁREA DE DOCUMENTACIÓN ASOCIADA	
Unidades de descripción relacionadas	En el Archivo de El Museo Canario se conservan dos colecciones de programas de mano de este tipo relacionadas con diferentes cinematógrafos locales.
ÁREA DE NOTAS	
Objetivos de desarrollo sostenible: 4 (educación de calidad). 11.4 (Ciudades y comunidades sostenibles. Proteger y salvaguardar el patrimonio cultural).	

La vida cotidiana en El Museo Canario

LA VIDA COTIDIANA Y EL SÉPTIMO ARTE EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA A TRAVÉS DE UN IMPRESO CINEMATográfico

No descubrimos nada nuevo si afirmamos que el ocio y, de una manera general, las actividades de recreo, forman parte de nuestra vida cotidiana. De este modo, la historia del trabajo tiene su correlato en todos esos momentos de entretenimiento y diversión en los que, frente a las responsabilidades y obligaciones que impone el mundo laboral, triunfa la libertad de acción que domina cualquier práctica ligada a nuestra vida privada. Así, tras la cotidianidad y la rutina, después de los deberes, los horarios fijos, las exigencias y las formalidades que dan forma al segmento de nuestra existencia que podemos calificar como «obligatorio», se sucede esa otra fracción de la vida diaria en la que elegimos, entre las múltiples ofertas que se nos presentan, qué hacer y cuándo y con quién hacerlo.

A lo largo de la historia, el recreo ha desempeñado un papel central. Aunque las actividades de esparcimiento han ido transformándose de manera paulatina, lo cierto es que, a través del tiempo, el espectáculo teatral –y todos sus derivados– ha estado presente de manera permanente entre las posibles opciones que se ofrecen a la población para animar su tiempo libre. El ámbito insular canario, y de manera específica la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, no quedó al margen de esta preponderancia del teatro, especialmente en el siglo XIX. Durante el Ochocientos la capital grancanaria contaba con una cartelera de espectáculos muy amplia. Si bien era el teatro la modalidad escénica más prodigada en la urbe, las representaciones de zarzuela y ópera, los conciertos, las galas de variedades (acrobacia, circo,

revista, ilusionismo, etc.), las peleas de gallos y las luchadas satisfacían a un público ávido de actividades de ocio. Ahora bien, a estos actos se sumaron desde mediados del siglo los espectáculos visuales –linternas mágicas, panoramas, sigloramas, etc.–, exhibiciones, que, a pesar de su carácter esporádico, se hicieron muy populares entre los aficionados (Vega, 1991). Estas propuestas tan novedosas causaron una gran expectación en Las Palmas de Gran Canaria. Pero, además, el éxito de estos precursores del cinematógrafo puede ser considerado un indicio de cómo el séptimo arte se iría abriendo camino y se convertiría muy pronto en el espectáculo más popular. Así, desde finales del siglo XIX el teatro y el resto de los espectáculos tradicionales tuvieron que rivalizar con estas modernas ofertas de esparcimiento, competencia que será una contundente realidad desde los primeros años de la vigésima centuria.

En un primer momento la estrategia de los empresarios teatrales se basó en combinar la tradición y la modernidad, proponiendo programas en los que se ofrecían los nuevos espectáculos visuales como complemento de las obras de teatro o de las funciones musicales que aún constituían el eje central de las veladas. No obstante, muy pronto el cine consiguió su propio lugar y se independizó del teatro. Así, tras algunas presentaciones esporádicas de las imágenes en movimiento, en 1900 abrió sus puertas en la calle del General Bravo el que podemos considerar el primer cine estable existente en la ciudad, ya que ofreció sesiones de manera ininterrumpida a lo largo de varios meses (Betancor, 2007). Además, y lo que es más importante para nuestro relato, con la apertura de este establecimiento la población de la urbe comenzó a transformar sus gustos, cambio que llevaría al cine a convertirse en el espectáculo elegido de manera preferente como forma cotidiana de ocupar el tiempo de esparcimiento. El impreso publicitario que hemos seleccionado como pieza del mes de julio –en el que se promociona la proyección de la película *Don Quijote de la Mancha* en el Circo Cuyás (Las Palmas de Gran Canaria)– es una buena prueba documental de ello.



La vida cotidiana en El Museo Canario



El Circo Cuyás y el cine

En Las Palmas de Gran Canaria, uno de los locales de espectáculos que más contribuyeron a que el cine emprendiera una línea ascendente, gozara del favor del público y se convirtiera en parte fundamental de la vida cotidiana de la población de la ciudad, no fue otro que el Circo Cuyás. Este ilustre antecedente del actual Teatro Cuyás, promovido por Salvador Cuyás y Prats y situado en la calle de Viera y Clavijo (barrio de Triana), abrió sus puertas en 1896 como local polivalente en el que tenía lugar todo tipo de propuestas escénicas y deportivas. Sobre sus tablas actuaban las compañías de teatro, revista y zarzuela, cantaban las *canzonetistas*, ilusionaban al público los magos, saltaban y rodaban los acróbatas, hacían sonar sus instrumentos los músicos, bregaban los equipos de lucha canaria o reñían los gallos. Así, los programas de cada sesión se configuraban a partir de la suma de todas estas propuestas. Muy pronto el cine se convirtió en una actividad más que añadir a las carteleras, contribuyendo a hacer más atractivos y entretenidos las ofertas de los empresarios. Este tipo de programaciones en las que se combinaban en una misma sesión varios tipos de espectáculos fue un hecho muy beneficioso para el cine, ya que cuando se acudía a ver una obra de teatro, si en los intermedios se ofrecía una película, el público tenía la oportunidad de tomar contacto de manera paulatina con el séptimo arte.

Hasta 1905 la pantalla del Cuyás se desplegó de una manera discontinua. Sin embargo, a partir de 1906 el cine se adueñó del circo. El hecho de que en 1908 se reformara la cabina de proyección para adecuarla a las exigencias legales establecidas por la policía de espectáculos aquel mismo año, pone de manifiesto que la voluntad de los propietarios y empresarios de la sala era convertir el séptimo arte en el espectáculo principal y habitual. A pesar de todo, el rotundo éxito obtenido hasta aquel momento por las sombras que discurrían por la sala oscura fue frenado de manera abrupta la noche del 16 de

junio de 1908. Un incendio, iniciado en la recién remodelada cabina de proyección, dio por finalizada la primera etapa de la historia del Circo Cuyás. Pero de aquellas cenizas resurgiría un nuevo Cuyás en el que el cine estaría llamado a ser el verdadero protagonista.

En 1910, aunque todavía compartían sesiones con el drama, la comedia, las cantantes y los acróbatas, el reconstruido Circo Cuyás se oscurecería para permitir que las imágenes en movimiento discurrieran sobre la nueva pantalla de proyección. Ya en aquellos años comenzó a proyectarse cine en otros locales de la ciudad. Entre estos, el teatro Circo del Puerto, el Pabellón Recreativo de Santa Catalina y el Cine Doré se cuentan entre los más significativos.

Ahora bien, tras ese período de adaptación, llegados a la década de 1920, el cine ocupó un lugar preponderante entre las actividades de recreo. Ese auge no solo afectó al Cuyás, sino que en la ciudad creció el número de aficionados, se incrementó al número de películas exhibidas y, al mismo tiempo, se multiplicó el número de locales que servían de escenario a esta nueva actividad. Esta proliferación de salas de exhibición es uno de los aspectos que ponen de manifiesto el desarrollo y la aceptación que el séptimo arte tuvo en esta década. A los templos oscuros preexistentes ya aludidos, durante la década de 1920 se sumó la inauguración de ocho nuevos locales: Cine Salón (1921), Cine La Peña (1922), Torrecine (1925), Pabellón Recreativo (1927), Royal Cinema (1928), Cine Colón (1929), Teatro-Cine Hermanos Millares (1930) y Cinema Goya (1930). En este contexto tan cinéfilo, hay que recordar que el Teatro Pérez Galdós había sufrido un incendio en 1918. Desde aquel instante y hasta la reapertura del teatro municipal, durante diez años el Cuyás se convirtió en el primer coliseo de la ciudad. Ahora bien, esta circunstancia no hizo que el antiguo Circo olvidara su vocación cinematográfica, respondiendo así a una demanda creciente del público (Betancor, 1996).

La vida cotidiana en El Museo Canario



Un suelto impreso promocional: Don Quijote en el Circo Cuyás

El día 3 de julio de 1928 los lectores del *Diario de Las Palmas* fueron sorprendidos con el anuncio del estreno en el Circo Cuyás de *Don Quijote de la Mancha*, película muda de dos jornadas y doce partes que sería proyectada, dividida en dos segmentos, a lo largo de dos noches debido a la longitud de su metraje. Ahora bien, no era esta la primera ocasión en que el caballero andante cabalgaba sobre las pantallas. Antes de esa fecha el personaje de Cervantes había sido llevado al cine en varias ocasiones. Se tienen noticias de que ya en 1896-1898 Alonso Quijano se convirtió en personaje de cine por primera vez. No obstante, desafortunadamente, no se ha hallado aún copia alguna de aquella histórica cinta producida por la casa Gaumont. Con posterioridad, en 1903, Ferdinand Zecca dirigió una nueva película en la que el ingenioso hidalgo era el único protagonista. Esta obra francesa ocupa un lugar de honor en nuestra historia porque a su metraje, de solo 6 minutos, corresponden las primeras imágenes cinematográficas que en la actualidad se conservan del caballero de la triste figura.

En España Narcís Cuyás fue el primer realizador en inspirarse en el hidalgo manchego. Así, en 1908 dirigió a Arturo Buixens, actor que encarnó al idealista personaje cervantino. No fue esta la única incursión de Narcís Cuyás en el universo cervantino. Se da la circunstancia de que el mismo director también firmó en 1908 la película *El curioso impertinente*, basada en la novela corta que figura inserta en el *Quijote* (Rodríguez, 2001).

Después del estreno, entre otras, de varias versiones francesas (Camille Morlhon, 1912), italianas (Amleto Palermi, 1915), americanas (Edgar Dillon, 1915) y británicas (Maurice Elvey, 1923) (Rodríguez, 2017), en 1926 fue estrenada la propuesta danesa dirigida por Lau Lauritzen (1878-1938) e interpretada por el célebre dúo cómico del momento integrado por Carl Schenstrøm (1881-1942) y Harald Madsen (1890-1949), conocidos

popularmente en España con los apodos de Pat y Patachón respectivamente. Aunque a lo largo de su carrera estos actores encarnaron a múltiples personajes, ya que protagonizaron más de 50 películas, en esta ocasión el primero personificó a don Quijote y el segundo se caracterizó como Sancho Panza. La diferencia de estatura (alto-bajo) y la desigual constitución (delgado-corpulento) de ambos intérpretes eran los rasgos físicos idóneos para este reparto de papeles, asignación de roles que quedaba respaldada por la figuración que Cervantes hizo de los personajes en su novela y que subrayaba la ironía con que hasta el momento había sido tratada la historia de Cervantes. Era precisamente el diferente aspecto fisonómico una de las bazas en las que sustentaba su jocosidad esta pareja de cómicos. Esa diferencia de aspecto podemos verla reflejada en el programa de mano del que nos ocupamos.



Carl Schenstrøm y Harald Madsen fueron conocidos en España con los apodos de Pat y Patachón. Era la pareja cómica danesa equivalente al dúo Laurel and Hardy («El gordo y el flaco»).

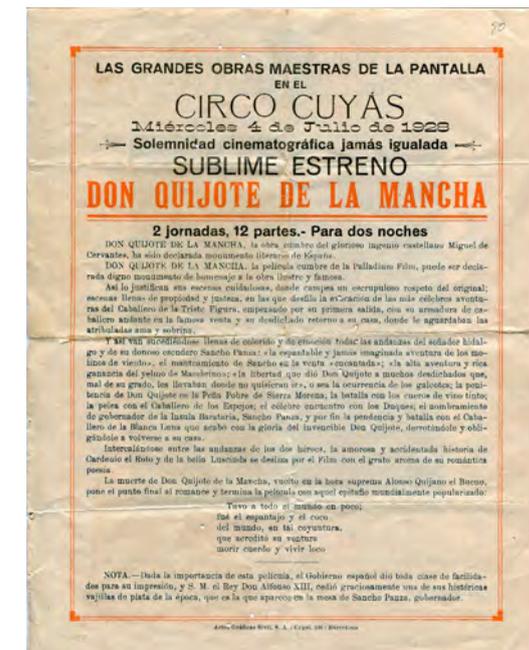
La vida cotidiana en El Museo Canario

En efecto, como forma de atraer al público al próximo estreno fue inserto un fotograma de la cinta en la que están presentes los dos artistas advirtiéndose la ya aludida disparidad de sus características físicas. Además, la fama de los actores hacía que sus rostros fueran reconocibles para el público, hecho que servía como promoción añadida a la película. Porque, como hemos adelantado, este tipo de impresos no tenía otra finalidad que promocionar el filme. De esta forma, estos programas venían formando parte del material de difusión que era editado por la distribuidora y la productora. Habitualmente tenían pequeño formato y, dependiendo de la capacidad económica de la empresa y de la relevancia de los directores e intérpretes, podían presentar ilustraciones, así como fragmentos del guion y críticas, que llamaban la atención y animaban a los espectadores a asistir al estreno. En el archivo de El Museo Canario contamos con numerosos ejemplos de diferentes formatos normalizados (hojas sueltas, cuartillas, dípticos, trípticos, etc.), así como otras siluetas de papel que reproducen formas caprichosas (botellas, corazones, libros, etc.) que evocan las temáticas o el título de la cinta a la que hacían referencia.



Programas de mano que forman parte de la colección conservada en El Museo Canario.

En esta ocasión, el suelto publicitario del que nos ocupamos presenta casi el tamaño de un folio, y fue impreso en varias tintas y por ambas caras. Contiene una ilustración de gran tamaño que reproduce, como hemos advertido con anterioridad, a los dos personajes principales (don Quijote-Carl Schenstrøm-Pat y Sancho Panza-Harald Madsen-Patachón).



En una nota inserta en el programa de mano fue reflejada la colaboración de la casa real española en el rodaje de la película.

Estos distintivos -formato, ilustración e impresión- son indicios de que nos encontramos ante un producto promocional que se refiere a una película relevante que debía venir precedida de una gran celebridad. De hecho, había sido estrenada con éxito en Madrid algunos meses antes, en diciembre de 1927. Pero, además, en esta ocasión, tal como se advierte en el propio programa, fue esta una producción para cuyo rodaje el gobierno español dio todas las facilidades. No solo se permitió que se filmara en La Mancha, Sierra

La vida cotidiana en El Museo Canario

Morena, Ávila o Sevilla, sino que se autorizó a grabar en monumentos de gran importancia histórica como, entre otros, el claustro de San Juan de los Reyes (Toledo) o la plaza de Santa Leocadia (Talavera de la Reina). Además, con el fin de ofrecer una imagen de fidelidad y contribuir a contextualizar lo mejor posible las escenas, el propio rey Alfonso XIII cedió para la ocasión una vajilla de plata que figura como utilería en la escena de la mesa del banquete del gobernador Sancho Panza.

Todo ello hace pensar que la producción debió de ser muy cuidada y que, asimismo, fue apoyada por el gobierno de España porque constituía una indiscutible oportunidad para que tanto la novela cervantina de caballería como la literatura española en general fueran difundidas a través del cine en todo el mundo.

Si bien, como hemos indicado, estos sueltos llegaban ya impresos acompañando al resto del material de divulgación de la película (carteles, fotogramas, etc.), lo cierto es que solían ser recibidos con un espacio en blanco reservado para que los empresarios y los propietarios de las salas de cine que la programaban incluyeran los datos relacionados con el estreno y, sobre todo, insertaran el nombre de cada uno de los locales cinematográficos en los que iba a ser proyectada. En esta ocasión, el nombre del establecimiento -Circo Cuyás, escrito en mayúsculas- así como la fecha de exhibición -miércoles, 4 de julio de 1928- se incorporó al documento básico que fue recibido en Las Palmas de Gran Canaria. Junto al día de proyección, así como la duración de la cinta (2 jornadas y dos partes), fue impreso: «Solemnidad cinematográfica jamás igualada». Esta retórica expresión es, además, corroborada con la hiperbólica locución «Sublime estreno». Ambas fórmulas enfáticas no tienen otro objetivo que atraer la atención de los espectadores, ya que este tipo de sueltos no tenía otra finalidad que animar a los espectadores a acudir al cine y ver la película.

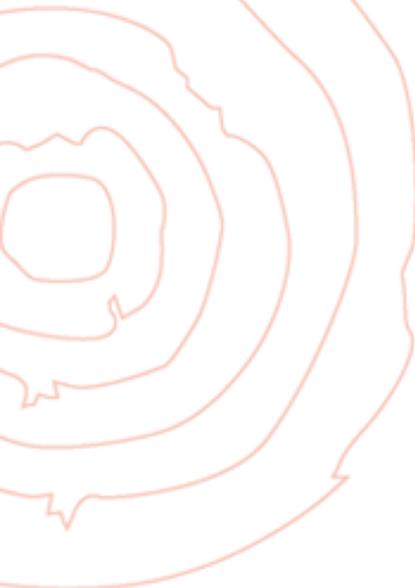


Fragmento del programa de mano en el que figura inserto el nombre del local en el que iba a ser proyectada la película.

En la actualidad estos sueltos impresos de carácter promocional tienen un gran valor como fuente para la historia del cine. No solo contribuyen a conocer mejor las redes de distribución de las películas y la capacidad de difusión de las productoras y compañías cinematográficas existentes a través del tiempo, sino que constituyen un recurso mediante el que profundizar en la historia de la exhibición cinematográfica, ya que nos ofrece información sobre los filmes proyectados y nos revela cuáles eran los cinematógrafos que estaban en funcionamiento en cada momento. Contar con una serie de impresos de este tipo que abarque varias décadas, como la conservada en El Museo Canario, permite tener una secuencia muy completa de cuál ha sido la realidad cinéfila imperante en Las Palmas de Gran Canaria a lo largo de los años. Por lo tanto, aquellos programas de mano, que, como se ha señalado en más de una ocasión, tenían una primera naturaleza efímera (Gómez-Pablos, 2002), con el paso del tiempo se han convertido en objeto de deseo para muchos coleccionistas. El interés que este tipo de documentos ha despertado en los amantes del cine ha hecho posible que hayan llegado hasta nosotros. No solo son un rastro de la historia de la cultura en general, sino que también constituyen una expresiva huella que nos revela una forma de ver cine y una manera de disfrutar del tiempo libre muy diferentes a la actual.



La vida cotidiana en El Museo Canario



Bibliografía

BETANCOR PÉREZ, Fernando. «El espectáculo, el gusto y sus transformaciones en Las Palmas de Gran Canaria a principios del siglo XX». *Vegueta*, n.º 2 (Las Palmas de Gran Canaria, 1995-1996), pp. 195-201.

BETANCOR PÉREZ, Fernando. «El espectáculo cinematográfico en las Palmas de Gran Canaria en la década de 1920». En: *XI Coloquio de Historia Canario-Americana* (1994). Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 1996, vol. 2, pp. 411-428.

BETANCOR PÉREZ, Fernando. «El cine y la imprenta: dos historias paralelas». *Noticias El Museo Canario*, n.º 20 (Las Palmas de Gran Canaria, segundo cuatrimestre 2007), pp. 14-17.

GÓMEZ-PABLOS CALVO, Carmen. «Programas de mano de cine: el único motivo para soñar». *Ruiderae: revista de unidades de información*, n.º 20 (Ciudad Real, segundo semestre 2022), pp. 1-9.

RODRÍGUEZ MOSQUERA, María José. «El *Quijote* en imágenes: adaptaciones cinematográficas y televisivas». *Trans: revista de traductología*, n.º 21 (Málaga, 2017), pp. 19-34.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, María de los Ángeles. «Don Quijote y el cine español». En: *Volver a Cervantes: actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (2000). Palma: Universitat de les Illes Balears, 2001, vol. 2, pp. 1253-1266.

VEGA DE LA ROSA, Carmelo. «Los espectáculos visuales en Canarias en el siglo XIX: de los gabinetes ópticos al cinematógrafo». En: *VIII Coloquio de Historia Canario-Americana* (1988). Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 1991, vol. 2, pp. 695-706.

Autor de la ficha:
Fernando Bentancor Pérez
(archivero de El Museo Canario)

La vida cotidiana
en El Museo Canario



Galería de imágenes

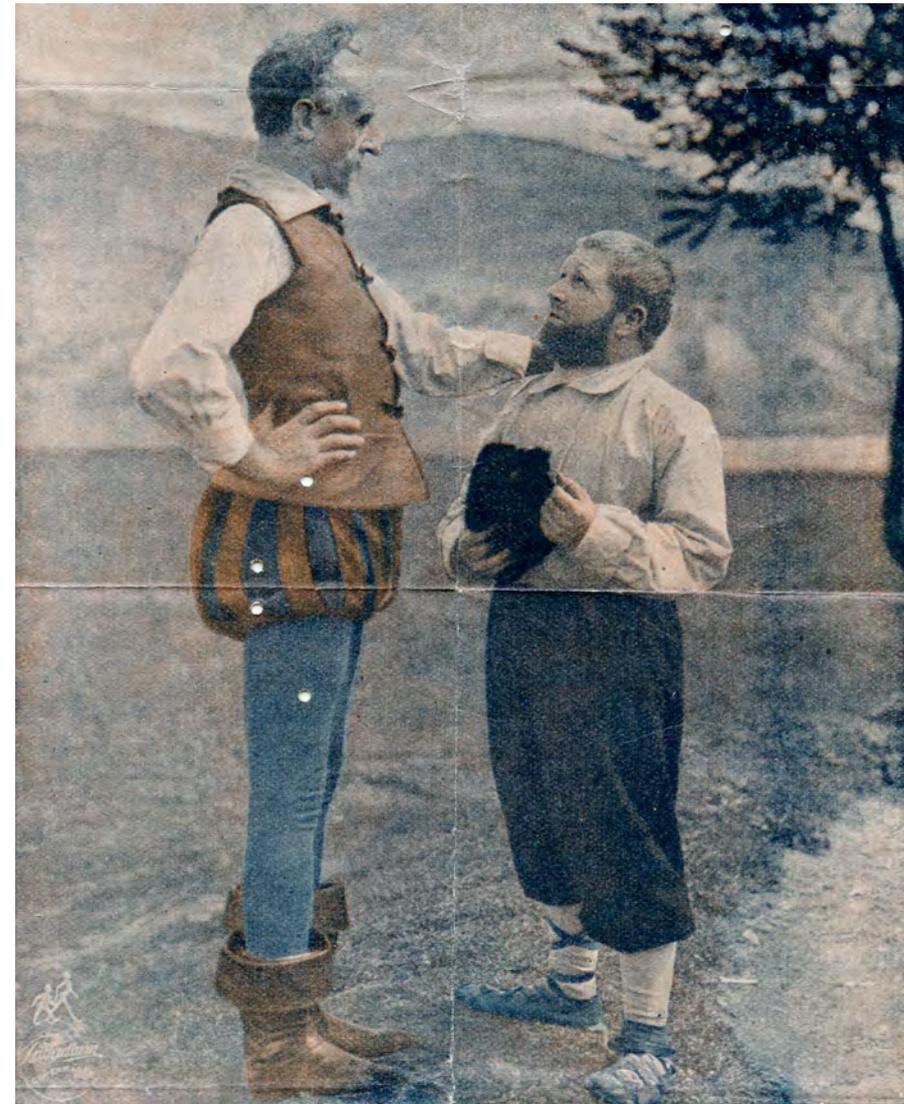


Programa de mano de la película *Don Quijote de la Mancha* (1928).
Archivo de El Museo Canario.

La vida cotidiana en El Museo Canario



Galería de imágenes

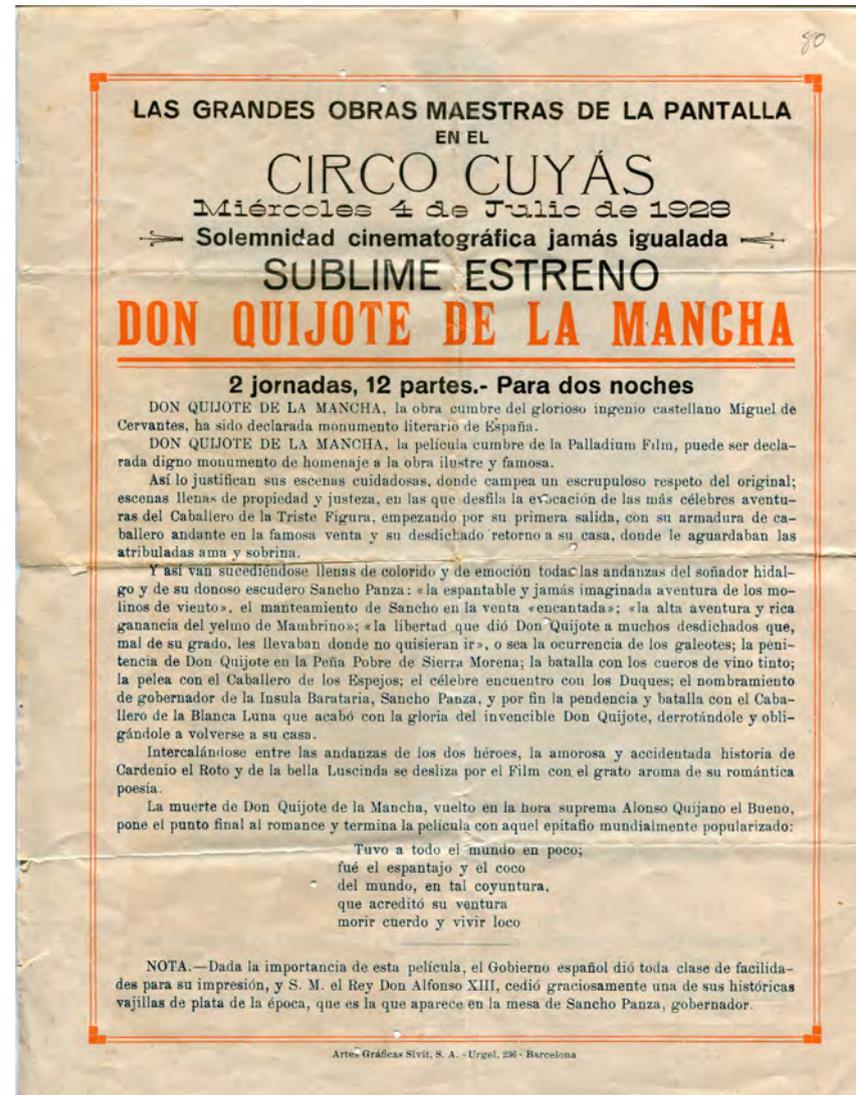


Carl Schenstrøm y Harald Madsen fueron conocidos en España con los apodos de Pat y Patachón. Era la pareja cómica danesa equivalente al dúo Laurel and Hardy («El gordo y el flaco»).

La vida cotidiana en El Museo Canario



Galería de imágenes



En una nota inserta en el programa de mano fue reflejada la colaboración de la casa real española en el rodaje de la película.

La vida cotidiana en El Museo Canario

Galería de imágenes



Programas de mano que forman parte de la colección conservada en El Museo Canario.

La vida cotidiana
en El Museo Canario

Galería de imágenes



Fragmento del programa de mano en el que figura inserto el nombre del local en el que iba a ser proyectada la película.

